Jacob y Wilhelm Grimm

BLANCANIEVES

Ilustraciones de
Iban Barrenetxea

Nørdicalibros

BLANCANIEVES

Jacob y Wilhelm Grimm

Ilustraciones de Iban Barrenetxea

Traducción de Isabel Hernández González

Nørdicaebooks
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: *Sneewitchen*
© De las ilustraciones: Iban Barrenetxea
© De la traducción: Isabel Hernández González
Edición en ebook: noviembre de 2014

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16112-54-8

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Juan Marqués y Ana Patrón
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor
Ilustrador

Blancanieves
Contraportada

Jacob y Wilhelm Grimm

(Hanau, Alemania, 1785-1863 / 1786-1859)

Filólogos de formación y estudiosos del folclore. Fueron profesores universitarios en Kassel, en Gotinga y en la Universidad Humboldt de Berlín. Recorrieron su país hablando con los campesinos, con las vendedoras de los mercados, con los leñadores y recogiendo historias de los lugareños, además de estudiar la lengua y el antiguo folclore de la región. Fruto de este trabajo son sus cuentos, entre los que destacan Hansel y Gretel, Blancanieves, etc., que recopilaron con el título de Cuentos de hadas de los hermanos Grimm.

Iban Barrenetxea

(Elgoibar, 1973)

El absurdo y la casualidad, leyes absolutamente presentes en nuestro mundo, son un elemento más de su paleta, con la que retrata a carismáticos personajes que transpiran una sutil ironía.

Tras una década dedicado al diseño gráfico, inició su carrera como ilustrador en 2010. Desde entonces ha ilustrado una decena de libros, ha escrito dos de ellos y su obra ha sido reconocida con galardones del prestigio de Bratislava y los literarios de Euskadi.

Érase una vez en pleno invierno, cuando los copos de nieve caían del cielo como plumas, que una reina estaba sentada cosiendo junto a una ventana con un marco de ébano. Y como estando así cosiendo levantara la vista hacia la nieve, se pinchó con la aguja en el dedo y

tres gotas de sangre cayeron en ella. Y como el rojo se veía tan bello sobre la blanca nieve pensó: «Si tuviese una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tan negra como la madera de este marco…». Al poco tiempo tuvo una hija que era tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y tenía los cabellos tan negros como el ébano, y por eso la llamaron Blancanieves. Y nada más nacer la niña, murió la reina.

Pasado un año el rey tomó otra esposa. Era una mujer hermosa, pero orgullosa y arrogante, y no podía soportar que alguien la superase en belleza. Tenía un espejo mágico y, cuando se situaba frente a él y se miraba, decía:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es?

A lo que el espejo respondía:

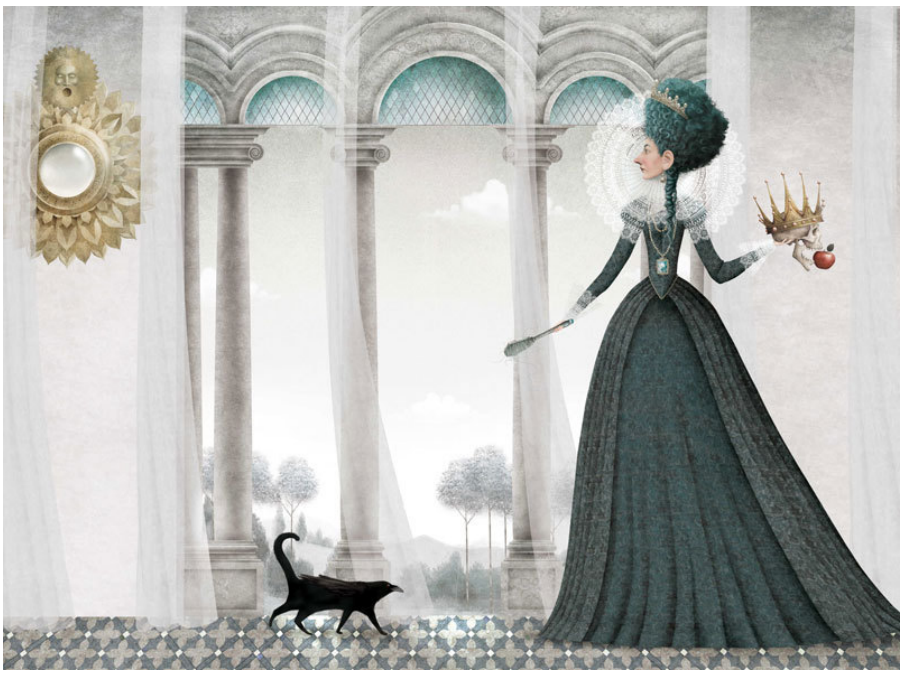
—Mi reina y señora,
en el reino vos sois la más hermosa.

Entonces se quedaba satisfecha, pues sabía que el espejo decía la verdad.

Pero Blancanieves fue creciendo y fue haciéndose cada vez más

bella, y cuando hubo cumplido siete años era ya tan linda como la luz del día y más hermosa que la propia reina. En una ocasión en que esta preguntó a su espejo:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es? —el espejo respondió:
—Mi reina y señora,
vos aquí sois la más hermosa,
pero Blancanieves es mil veces
que vos más preciosa.



Entonces la reina se asustó y se puso amarilla y verde de envidia. Desde ese momento, cada vez que veía a Blancanieves el corazón se le revolvía en el cuerpo, tal era el odio que sentía por la muchacha. Y la envidia y la arrogancia fueron creciendo más y más en su corazón, como la mala hierba, hasta que no llegó a tener un minuto de paz, ni de día ni de noche. Así que llamó a un cazador y le dijo:

—Llévate a la niña al bosque, no quiero volver a verla más. La matarás y me traerás como prueba el pulmón y el hígado.

El cazador obedeció y se la llevó, y cuando ya había sacado el cuchillo de monte y se disponía a atravesar el inocente corazón de Blancanieves, esta se echó a llorar diciendo:

—¡Ay, querido cazador, déjame vivir, me adentraré en el bosque y no regresaré jamás!

Y como era tan hermosa, el cazador se compadeció de ella y dijo:

—Entonces echa a correr, pobre criatura.

«Las fieras salvajes pronto te comerán», pensó y, con todo, sintió como si un gran peso se le hubiera quitado de encima al no tener que matarla. Y como justo en ese momento pasara por allí un cachorro de jabalí, le clavó el cuchillo, le sacó el pulmón y el hígado y se los llevó a la reina como prueba. El cocinero tuvo que cocerlos con sal y la pérfida mujer se los comió creyendo que se había comido el pulmón y el hígado de Blancanieves.

Ahora la pobre niña estaba sola y desamparada en el inmenso bosque, y tenía tanto miedo que miraba las hojas de los árboles y no sabía qué hacer. Entonces empezó a andar, y anduvo sobre las afiladas piedras y por entre los espinos, y las fieras pasaban a su lado sin hacerle nada. Siguió andando todo lo que los pies pudieron sostenerla, hasta que empezó a hacerse de noche; entonces vio una pequeña casita y entró en ella para descansar. En la casita todo era diminuto, pero tan delicado y tan limpio que no había nada que replicar. Había una mesita puesta con un mantel blanco y siete pequeños platos, cada platito con su cucharita, y además siete cuchillitos y tenedorcitos y siete vasitos. Junto a la pared había siete camitas colocadas una al

lado de la otra y cubiertas con sábanas blancas como la nieve. Blancanieves, como tenía tanta hambre y tanta sed, comió de cada platito un poco de verdura y de pan, y de cada vasito se bebió un sorbito de vino, pues no quería quitárselo todo a uno. Después, como estaba cansada, se tumbó en una camita, pero ninguna le iba bien: la una era muy larga, la otra demasiado corta, hasta que al final la séptima resultó adecuada, y en ella se quedó, se encomendó a Dios y se durmió.

Cuando ya era completamente de noche llegaron los dueños de la casa: eran los siete enanos que picaban y excavaban las montañas buscando minerales. Encendieron sus siete lamparitas y, al iluminarse la casita, vieron que alguien había estado allí, pues no todo estaba tan ordenado como lo habían dejado. El primero dijo:

—¿Quién se ha sentado en mi sillita?

El segundo:

—¿Quién ha comido de mi platito?

El tercero:

—¿Quién ha cogido un pedazo de mi panecito?

El cuarto:

—¿Quién ha comido de mi verdurita?

El quinto:

—¿Quién ha pinchado con mi tenedorcito?

El sexto:

—¿Quién ha cortado con mi cuchillito?

El séptimo:

—¿Quién ha bebido de mi vasito?

Entonces el primero miró a su alrededor y vio que su cama estaba un poco aplastada, así que dijo:

—¿Quién se ha echado en mi camita?

Los otros acudieron presurosos y exclamaron:

—También se ha echado alguien en la mía.

Pero el séptimo, al mirar su cama, divisó a Blancanieves, que dormía en ella.

Entonces llamó a los otros, que llegaron corriendo y, gritando de pura admiración, cogieron sus siete lamparitas y alumbraron a Blancanieves.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —exclamaban—. ¡Qué niña tan hermosa! —y estaban tan contentos que no la despertaron, sino que la dejaron seguir durmiendo en la camita.

Y el séptimo enano durmió con sus compañeros, una hora con cada uno, y así transcurrió la noche.

Al hacerse de día, Blancanieves se despertó y, al ver a los siete enanos, se asustó. Pero fueron muy amables y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Blancanieves —respondió ella.

—¿Cómo has llegado a nuestra casa? —continuaron preguntando los enanos.

Entonces ella les contó que su madrastra había ordenado que la mataran, pero que el cazador le había regalado la vida y que había estado caminando todo el día hasta que por fin había encontrado su casita. Los enanos dijeron:

—Si quieres cuidar de nuestra casa, cocinar, hacer las camas, lavar, coser y remendar la ropa, y si estás dispuesta a mantenerlo todo en orden y limpio, entonces puedes quedarte con nosotros y no te faltará de nada.

—Sí —dijo Blancanieves—, de todo corazón —y se quedó con ellos.

Y ella siempre mantenía su casa en orden: por la mañana los enanos se iban a las montañas en busca de minerales y oro, por la noche regresaban y entonces su cena tenía que estar preparada. Durante el día, la niña se quedaba sola, por eso los buenos enanitos le advirtieron:

—Cuídate de tu madrastra, pronto sabrá que estás aquí; no dejes entrar a nadie.

Pero la reina, como creía haberse comido el pulmón y el hígado de Blancanieves, no pensaba en otra cosa más que en que era de nuevo la primera y la más hermosa, así que se colocó ante el espejo y dijo:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es?

A lo que el espejo respondió:

—Mi reina y señora,
aquí sois vos la más hermosa,
pero en los montes, al otro lado,
Blancanieves con los siete enanos
es mil veces que vos más preciosa.

Entonces se asustó porque sabía que el espejo nunca mentía y comprendió que el cazador la había engañado y que Blancanieves aún seguía con vida. Así que empezó de nuevo a pensar y pensar en cómo matarla, pues en tanto ella no fuera la más hermosa del reino, la envidia no le dejaría un solo instante de calma. Y cuando finalmente se le hubo ocurrido algo, se pintó la cara y se vistió como una vieja chamarilera hasta el punto de que era imposible reconocerla. Así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y gritó:

—¡Vendo buena mercancía! ¡Buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y exclamó:

—Buenos días, buena mujer, ¿qué es lo que vendéis?

—Buena mercancía, preciosa mercancía —respondió—, cintas de todos los colores —y sacó una tejida con seda de colores.

«A esta honrada mujer puedo dejarla entrar», pensó Blancanieves, abrió la puerta y se compró la hermosa cinta.

—Niña —dijo la anciana—, ¡qué hermosa eres! Ven, voy a atártela bien.

Blancanieves no temía nada malo, así que se situó ante ella y dejó que le atara al cuello la nueva cinta, pero la vieja la ató tan deprisa y tan fuerte que a Blancanieves se le cortó la respiración y cayó al suelo

como muerta.

—Ahora has dejado de ser la más hermosa —dijo, y se marchó de allí a toda prisa.

No había pasado mucho rato, a la hora de la cena, cuando llegaron a casa los siete enanos, pero cómo se asustaron al ver a su querida Blancanieves en el suelo, sin moverse ni agitarse, como si estuviera muerta. La levantaron y, al ver que el nudo estaba muy fuerte, cortaron la cinta en dos: entonces empezó a respirar y fue reanimándose poco a poco. Cuando los enanos oyeron lo que había ocurrido, dijeron:

—La vieja chamarilera no era otra que la impía reina: ten cuidado y no dejes entrar a nadie cuando no estemos contigo.

Pero la mala mujer, nada más llegar a casa, se puso frente al espejo y preguntó:

—Espejito, espejito de la pared,

la más hermosa de todo el reino,

¿quién es?

A lo que este respondió como de costumbre:

—Mi reina y señora,
aquí sois vos la más hermosa,
pero en los montes, al otro lado,
Blancanieves con los siete enanos
es mil veces que vos más preciosa.

Al escuchar esto, se asustó tanto que le dio un vuelco el corazón, pues comprendió que Blancanieves había vuelto a la vida.

—Pues ahora —dijo— voy a idear algo que te aniquilará por completo —y con las artes de brujería que conocía preparó un peine envenenado.

Luego se disfrazó y adoptó la forma de otra anciana. Así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos, llamó a la puerta y gritó:

—¡Vendo buena mercancía!

Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—Sigue tu camino, no debo abrirle la puerta a nadie.

—Pero mirar sí que podrás —dijo la anciana y, sacando el peine envenenado, lo sostuvo en alto.

A la niña le gustó tanto que se dejó seducir y abrió la puerta. Una vez acordada la venta, la anciana dijo:

—Ahora voy a peinarte como es debido.

La pobre Blancanieves no sospechaba nada y dejó hacer a la anciana, pero apenas hubo metido esta el peine en sus cabellos, cuando el veneno empezó a actuar y la niña cayó al suelo sin sentido.

—¡Tú, dechado de belleza! —dijo la pérfida mujer—. Ahora sí que estás muerta —y se marchó del lugar.

Por suerte pronto se hizo de noche y los siete enanitos regresaron a casa. Al ver a Blancanieves en el suelo como muerta, sospecharon inmediatamente de la madrastra, se pusieron a buscar y encontraron el peine envenenado, y, nada más sacarlo, Blancanieves volvió en sí y les contó lo que había sucedido. Entonces volvieron a advertirle que tuviera cuidado y no abriera la puerta a nadie.

En casa la reina se colocó frente al espejo y dijo:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es?

A lo que este respondió igual que antes:

—Mi reina y señora,
aquí sois vos la más hermosa,
pero en los montes, al otro lado,
Blancanieves con los siete enanos
es mil veces que vos más preciosa.

Al oír al espejo decir esto, se estremeció y tembló de rabia.

—Blancanieves morirá —gritó—, aunque me cueste la vida.

A continuación se dirigió a un aposento solitario y oculto en el que no entraba nadie y preparó una manzana envenenada. Por fuera tenía

un aspecto bellísimo, blanca y sonrosada, de manera que a cualquiera que la viera le entrarían ganas de morderla, pero quien comiera tan solo un pedacito, moriría. Cuando hubo terminado de preparar la manzana, se pintó la cara y se disfrazó de campesina, y así vestida atravesó las siete montañas en dirección a la casa de los siete enanos. Llamó a la puerta; Blancanieves se asomó a la ventana y dijo:

—No puedo dejar entrar a nadie, los siete enanos me lo han prohibido.

—No me importa —respondió la campesina—, ya venderé mis manzanas en otro sitio. Toma, te regalo una.

—No —dijo Blancanieves—, no puedo aceptar nada.

—¿Temes que esté envenenada? —dijo la anciana—. Mira, voy a cortar la manzana en dos partes; tú te comes la parte roja y yo la blanca.

Pero la manzana estaba preparada tan artificiosamente que la mitad roja era la única que estaba envenenada. Blancanieves observó de buena gana la hermosa manzana y, al ver que la campesina la mordía, no pudo resistirse por más tiempo, sacó la mano por la ventana y cogió la mitad envenenada. Y apenas se hubo metido un pedazo en la boca, cayó muerta al suelo. La reina la observó entonces con pérfida mirada y, riéndose a carcajadas, dijo:

—¡Blanca como la nieve, roja como la sangre, negra como el ébano! Esta vez no podrán despertarte los enanos.

Y cuando al llegar a casa preguntó al espejo:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es? —este respondió por fin:

—Mi reina y señora,
vos sois aquí la más hermosa.

Entonces su corazón envidioso se calmó en la medida en que puede encontrar calma un corazón envidioso.

Al llegar a casa por la noche los enanitos encontraron a Blancanieves en el suelo: de su boca no salía aire alguno y estaba muerta. La levantaron, buscaron a ver si encontraban algo venenoso, le desabrocharon el cinturón, le peinaron los cabellos, la lavaron con agua y vino, pero nada de eso sirvió: la querida niña estaba muerta y muerta siguió estando. La colocaron en un féretro, los siete se sentaron a su lado y la lloraron durante tres días. Quisieron entonces enterrarla, pero tenía el mismo aspecto lozano que una persona viva y conservaba aún sonrosadas sus hermosas mejillas. Dijeron:

—No podemos enterrarla así en la negra tierra —y encargaron un ataúd de transparente cristal para que se la pudiera ver por todos los lados, la metieron dentro y grabaron en él su nombre con letras doradas, y uno de ellos se quedaba siempre a su lado haciendo guardia. Y también vinieron animales a llorar a Blancanieves, primero un búho, luego un cuervo, finalmente una palomita.

Blancanieves yació así en el ataúd durante mucho, mucho tiempo, sin descomponerse; parecía tan solo como si estuviera durmiendo, pues seguía siendo tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y sus cabellos tan negros como el ébano. Aconteció, no obstante, que el hijo de un rey se adentró en el bosque y llegó hasta la morada de los enanos para pasar allí la noche. En la cima de la montaña vio el féretro y a la hermosa Blancanieves en su interior, y leyó lo que estaba escrito con letras de oro. Entonces dijo a los enanos:

—Dejadme el ataúd, os daré por él lo que queráis.

Pero los enanos respondieron:

—No lo daremos ni por todo el oro del mundo.

Entonces él dijo:

—Pues regaládmelo, porque no podré vivir sin ver a Blancanieves; la honraré y la respetaré como al ser que más quiero.

Al oírle hablar así, los buenos enanitos se compadecieron de él y le dieron el ataúd. El príncipe hizo que sus lacayos lo llevaran a hombros. Entonces aconteció que tropezaron con un arbusto y, con la sacudida, el trocito de manzana envenenada que Blancanieves había mordido se le salió de la garganta. Y al poco rato abrió los ojos, levantó la tapa del ataúd, se incorporó y volvió a la vida.

—¡Ay, Dios mío!, ¿dónde estoy? —exclamó.

El príncipe dijo lleno de alegría:

—Estás conmigo —y le contó lo que había sucedido y dijo:

—Te quiero más que a nada en el mundo; ven conmigo al palacio de mi padre, serás mi esposa.

A Blancanieves le gustó y se marchó con él, y la boda se celebró con gran pompa y lujo.

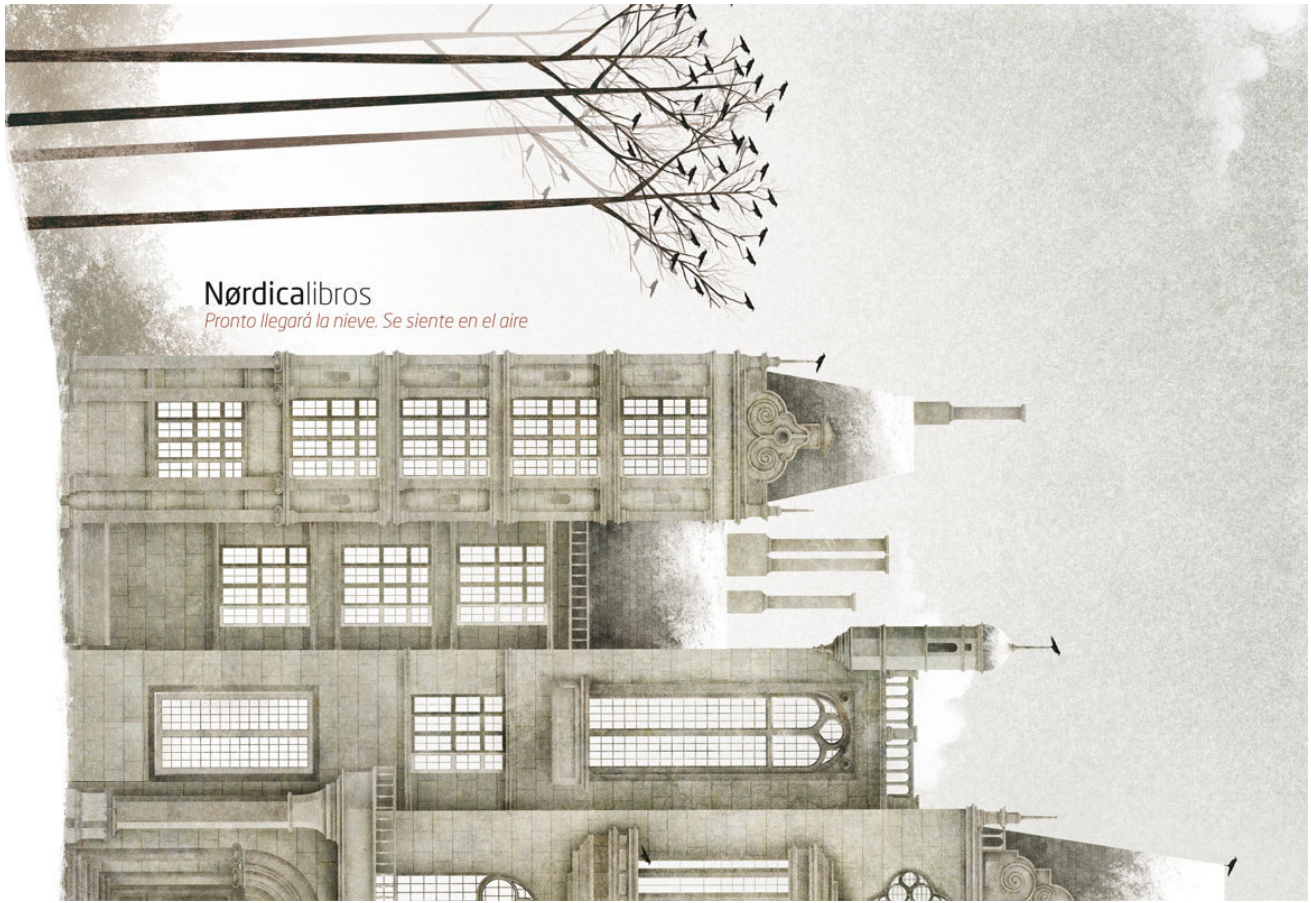
Pero a la fiesta fue invitada también la malvada madrastra. Como se había engalanado con hermosos vestidos, se colocó frente al espejo y dijo:

—Espejito, espejito de la pared,
la más hermosa de todo el reino,
¿quién es?

El espejo respondió:

—Mi reina y señora,
aquí sois vos la más hermosa,
pero la joven reina es mil veces
que vos más preciosa.

Entonces la pérfida mujer lanzó una maldición y le entró tanto, tanto miedo que no sabía qué hacer. Primero no quería ir a la boda; pero esta idea no la dejaba en paz: tenía que ir y ver a la joven reina. Y nada más entrar reconoció a Blancanieves, y de puro miedo y espanto se quedó allí plantada sin poder moverse. Pero en el fuego estaban preparadas ya unas zapatillas de hierro; las cogieron con unas tenazas y las colocaron delante de ella. Entonces tuvo que ponerse los zapatos, que estaban al rojo vivo, y bailar con ellos hasta que cayó muerta al suelo.


Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire

El improvisador

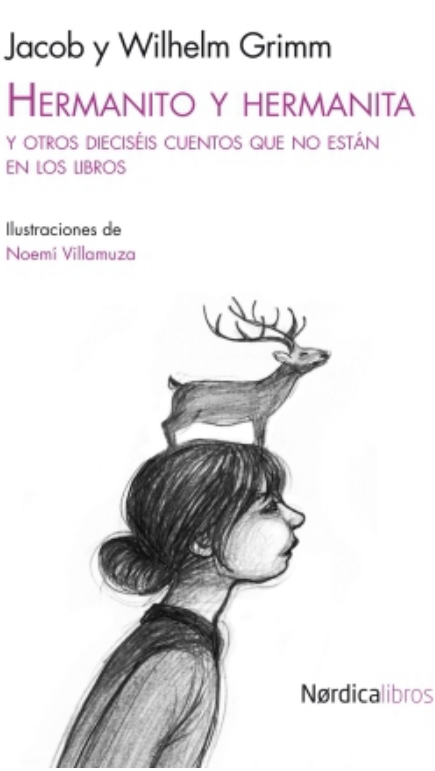
Andersen, Hans Christian
9788492683987
363 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El 9 de abril de 1835 apareció en Dinamarca la primera novela de Hans Christian Andersen: El Improvisador. Fue la primera novela moderna, de tema contemporáneo, en el país nórdico. Andersen se basó, como casi en toda su obra, en sí mismo para escribir este libro. En la novela nos acercaremos al alma del autor y encontraremos también muchos elementos que

aparecerán una y otra vez en sus cuentos: quien los conozca podrá reconocer personajes, aventuras y sucesos que asoman por sus relatos más famosos; incluso el patito feo está por todas partes, como Antonio-Andersen. La lectura de El Improvisador, sin duda, nos hará entender mucho mejor de dónde surgieron sus conocidos cuentos. Finalmente, podemos señalar que el libro, además de una novela contemporánea, y de una especie de autobiografía espiritual y literaria, es también un libro de viajes. Los itinerarios que sigue Andersen por Italia se pueden reproducir hoy mismo. Las aventuras del protagonista por las calles de Roma, Nápoles, Venecia, Milán... nos permiten adentrarnos en la Italia del siglo xix. Por todo esto es un placer presentar, por primera vez en España, esta obra clave para entender el genio literario de Hans Christian Andersen. "Una y otra vez uno exhorta a los niños de todas edades a que lean y relean a Andersen." Harold Bloom

Cómpralo y empieza a leer



Hermanito y Hermanita

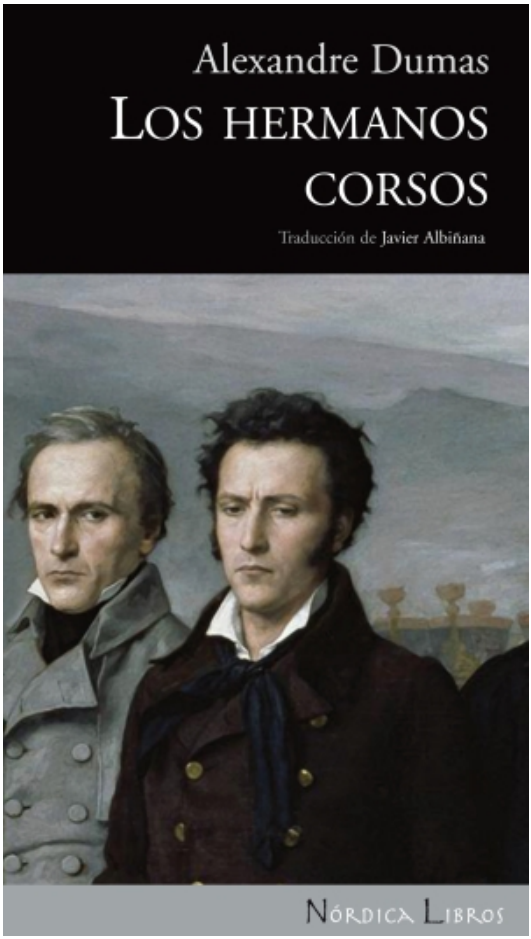
Grimm, Jacob
9788415717058
170 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En diciembre de 2012 se conmemora el bicentenario de la publicación de los cuentos de los hermanos Grimm. Esta edición reúne diecisiete historias que no fueron objeto de las alteraciones llevadas a cabo por Wilhelm, y son, por tanto, las que se hallan más cerca de la fuente de la que fueron extraídas. Con su lectura se comprenderá cuán larga y dificultosa fue la tarea de ambos hermanos desde el momento en que iniciaron el proceso de fijación escrita de los primeros

textos recopilados hasta llegar a las versiones que conocemos en la actualidad. Estos cuentos son prácticamente desconocidos para el gran público, pues todos ellos aparecieron en revistas o periódicos, de forma aislada y al margen de las numerosas ediciones de la colección realizadas en vida de los hermanos. Precisamente por ello han permanecido así con su forma original. "200 aniversario de los cuentos de los hermanos Grimm"

Cómpralo y empieza a leer



Los hermanos corsos

Dumas, Alexandre
9788415564621
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los hermanos corsos, 1844, ambientada en Córcega y Francia en el año 1841, y narrada en primera persona por el mismo Alexandre Dumas, cuenta sus experiencias en un viaje a esa isla, cuando, al alojarse en la casa de los de Franchi, conoció

a la señora Savilia y a su hijo Lucien, joven alegre y extrovertido, inclinado a la vida de campo, quien le cuenta que tiene un hermano gemelo llamado Louis que vive en París y es, por el contrario, tranquilo y sosegado. Al nacer, ambos estaban unidos por el costado y, aunque fueron separados, esa unión se mantuvo para siempre haciendo sentir a uno el dolor del otro y viceversa, sin importar la distancia que los separase... A través de la vida de esta familia corsa y de la mirada extranjera de un ilustre espectador, el lector se acercará a las costumbres de Córcega en el siglo XIX, especialmente a las relativas a las famosas vendettas, y a las del París de la época, con sus fiestas y sus retos a duelo. El argumento y las sugerentes imágenes de la novela han propiciado que haya sido llevada al cine en numerosas ocasiones. «Los historiadores deberían leer a Dumas; probablemente los mejores lo hacen; no sería difícil adivinar en sus libros la probabilidad de que se hayan nutrido de las novelas fantásticas, imaginativas, ágiles, pero no sin fundamento, que escribió durante tantos años Alejandro Dumas.» Julián Marías

Cómpralo y empieza a leer

Veinte mil leguas de viaje submarino

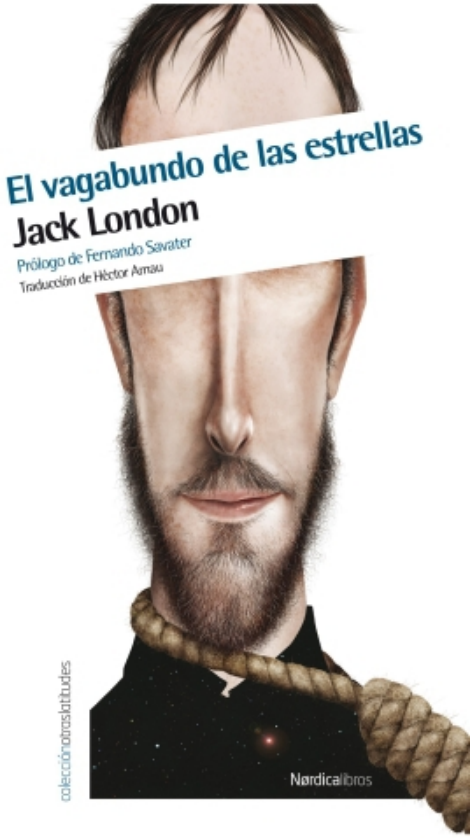
Verne, Jules
9788492683444
433 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Veinte mil leguas de viaje submarino es una obra narrada en primera persona por el profesor francés Pierre Aronnax, notable biólogo, que es hecho prisionero por el Capitán Nemo y es conducido por los océanos a bordo del submarino Nautilus, en compañía de su criado Conseil y del arponero canadiense Ned Land. Esta edición, que cuenta con una nueva traducción, será una de las obras gráficas más

importantes del año. Agustín Comotto ha realizado más de 50 ilustraciones para este libro en un proceso que le ha ocupado dos años de trabajo. Un edición imprescindible de un clásico imprescindible para lectores de todas las edades. «Un impresionante edición con más de sesenta ilustraciones y una nueva traducción del clásico de Verne»

Cómpralo y empieza a leer



El vagabundo de las estrellas

London, Jack
9788415564843
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El vagabundo de las estrellas es la última novela que escribió Jack London. Es una feroz crítica de la tortura y de la pena de muerte, y una metáfora del placer emancipador de la lectura. Convicto por asesinato en la cárcel de San Quintín, Darrell Standing es sometido al castigo adicional de verse

inmovilizado en una terrible camisa de fuerza. El tormento físico le dará acceso a otro plano de existencia en el cual puede recorrer sus vidas pasadas. La historia se desarrolla en 1913 y la novela es tan actual que no podemos sino estremecernos al leer uno de sus últimos párrafos: «He oído que Europa está en crisis desde hace dos años, y que hubo despidos masivos, y que ahora les llega el turno a los Estados Unidos. Eso significa que pronto puede haber una crisis económica, tal vez un ataque de pánico financiero, y que habrá más parados el próximo invierno, y que las colas del pan serán largas...». Por todo ello esta novela, formada por los relatos de las diferentes vidas de su protagonista, es un homenaje a la imaginación y a su enorme poder de evasión. «Pocas obras literarias son tan capaces como esta de hacernos sentir físicamente, casi dolorosamente, el peso de lo que nos encadena y el poderío de lo que nos hace infinitos. Ahora la releo y envidio a los jóvenes que vayan a conocerla por primera vez» Fernando Savater

Cómpralo y empieza a leer